

MADRID 2 DE MAYO

CRÓNICA DE LAS 24 HORAS
QUE AMARGARON A NAPOLEÓN

FRAY JUAN IGNACIO CUESTA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Madrid 2 de mayo

Subtítulo: Crónica de las 24 horas que amargaron a Napoleón

Autor: © Fray Juan Ignacio Cuesta

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil & Herraiz

Maquetación: Juan Igancio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-551-6

Libro electrónico: Primera edición

*«Si en el frente os encontráis a un soldado mal afeitado,
sucio, con las botas rotas y el uniforme desabrochado,
cuadros ante él, es un héroe, es un español...»*

Jürgens, general de artillería del XXXVIII cuerpo de la Wehrmacht.

*A Mari Cruz, María, Víctor, Duende y Heliodoro,
sufridores pasivos de toda obra de creación.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

MADRID, LA CIUDAD-LABERINTO Y SUS RINCONES 13

El alma de Madrid 16

CRÓNICA DE 24 HORAS 23

07:00 PALACIO REAL 25

07:30 MEMORIA DE AGRAVIOS 31

08:00 EL «RAPTO» DEL INFANTE 41

08:30 COMIENZA LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA 47

09:15 ¡A LAS ARMAS! 53

09:30 LOS HÉROES DEL PARQUE Y LA MIRADA DE GOYA 59

12:00 LA SANGRE DE LOS MIL 69

13:00 LA DERROTA 73

14:00 EL BANDO SANGRIENTO 79

18:00 ... Y EL BANDO DE LA INDEPENDENCIA 82

18:30 JUICIOS SUMARÍSIMOS EN CORREOS 85

20:00 EJECUCIONES INSTANTÁNEAS 89

22:00 LOS PRIMEROS FUSILAMIENTOS 93

04:00 43 HORRORES A LA LUZ DE UN FAROL 97

08:00 EPÍLOGO: LOS CARROS DE LOS MUERTOS 100

LA CIUDAD PROTAGONISTA	105
<i>EL MADRID DEL LEVANTAMIENTO</i>	106
LA CIUDAD Y SU ENTORNO	110
ALCALÁ	110
ARANJUEZ	116
ATOCHA	119
PUERTA DE BILBAO	121
IGLESIA DEL BUEN SUCESO	122
SAN BERNARDO Y LOS VOLUNTARIOS DEL ESTADO	123
CARABANCHEL	125
LA CÁRCEL DE LA CORTE	125
CARRERA DE SAN JERÓNIMO	126
EL BUEN RETIRO	128
EL CARMEN CALZADO	130
CONVENTO DE LAS MARAVILLAS	131
CALLE DE EL ESPEJO	131
PARQUE DE ARTILLERÍA DE MONTELEÓN	131
EL PRADO, LA PLAZA DE LA LEALTAD O DE LOS MÁRTIRES, NEPTUNO Y CIBELES	134
CALLE FUENCARRAL	135
CALLE HILERAS	135
JESÚS DE MEDINACELI	135
POSTIGO DE SAN MARTÍN	137
PUERTA CERRADA	138
LAVAPIÉS	139
PUERTA DEL SOL	140
PASEO DE LA FLORIDA	142
CALLE DE LA PALMA	143
HUERTAS DE LEGANITOS	143
MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PÍO	143
PLAZA Y LA CALLE MAYOR	145
PALACIO GRIMALDI	146

PALACIO REAL	146
PASAJE DE SAN GINÉS	148
TUDESCOS	148
ARTISTAS DE LA ÉPOCA	151
<i>FRANCISCO DE GOYA, EL REPORTERO GRÁFICO DEL LEVANTAMIENTO</i>	152
<i>OTROS PINTORES Y GRABADORES DE LA ÉPOCA</i>	154
SONES POPULARES Y ACADÉMICOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	159
<i>LA LÍRICA PATRIÓTICA</i>	160
<i>LOS SONES OLVIDADOS</i>	180
<i>UNA CANCIÓN QUE HAN SOBREVIVIDO DOS SIGLOS</i>	184
IN MEMORIAM	185
BIBLIOGRAFÍA	187

NOTA:

Todas las entradillas sin pie pertenecen a:

BENITO PÉREZ GALDÓS:

Episodios Nacionales: El 19 de marzo y el 2 de mayo.

INTRODUCCIÓN

**MADRID,
LA CIUDAD-LABERINTO
Y SUS RINCONES**



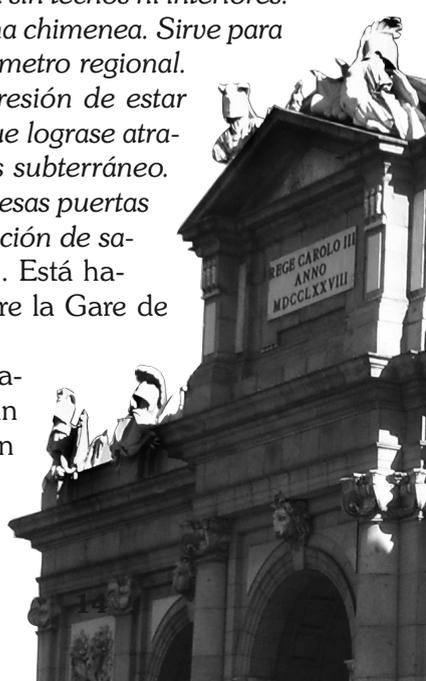
«Faltos de espacio superficial, los madrileños han buscado la extensión hasta el cielo y hacia el abismo, de modo que cada albergue es una torre colocada sobre un pozo.»

UNA CIUDAD NACE SIEMPRE a partir de un primer sitio donde alguien ha encontrado su lugar, ya sea por unas u otras razones. A partir de ahí, poco a poco se van añadiendo elementos de todo tipo. El crecimiento supone también que va a haber una serie de modificaciones que la cambiarán paulatinamente.

No está claro a partir de qué momento se convierte en un laberinto lleno de rincones y paisajes a veces muy distintos, que son el teatro de innumerables peripecias. Tampoco importa saberlo, pero sí que muchas han sido olvidadas sin remedio. Sin embargo, afortunadamente hay otras que forman parte de la memoria colectiva que recoge la historia, tan laberíntica ésta como el alma de la propia ciudad.

Lo dicho sirve en casi todas partes. ¿Saben que del desarrollo total del alcantarillado de Londres, París o Roma, por ejemplo, no tenemos datos fiables? No hay planos completos de todo un mundo oculto que muy pocos conocen. Incluso debe haber sitios completamente olvidados. También lo de arriba es reflejo de lo de abajo y, a pesar de estar a la vista, oculta numerosos misterios. Humberto Eco, en *El Péndulo de Foucault*, hace la siguiente afirmación: «... la casa es falsa. Es una fachada, una estructura sin techos ni interiores. Vacío. No es más que la boca de salida de una chimenea. Sirve para la ventilación y la descarga de vapores del metro regional. Y cuando uno se da cuenta, tiene la impresión de estar frente a la boca de los infiernos, sólo con que lograrse atravesar esas paredes, podría acceder al París subterráneo. He llegado a estar horas y horas delante de esas puertas que ocultan la puerta de las puertas, la estación de salida para el viaje al centro de la Tierra...». Está hablando de un edificio parisino situado entre la Gare de l'Est la Gare du Nord.

En Madrid también hay edificios que parecen ocultar alguna puerta extraña a un mundo ignoto y sorprendente. Sobre todo en su parte más antigua. Si usted se fija, al pasar junto al moderno y flamante edificio



del Senado, tras una reja verá un lienzo de la antigua muralla, donde podrá apreciar la existencia de un arco hoy ciego y enigmático, que parece destinado a que alguien se plante delante y declame un ¡Ábrete Sésamo! rotundo con resultados impredecibles. ¡Vaya y compruébelo, no se arrepentirá!

Una de las cosas que mi imaginación recrea con más frecuencia es la reconstrucción ideal de los cambios de esta ciudad. De los testimonios gráficos y literarios no podemos obtener más que datos fragmentarios que nos impiden una visión globalizada y completa. Los pintores hicieron trabajos importantes que permiten asomarnos al pasado, pero crearon sus obras desde su particular sensibilidad, distinta a todas luces de la de nuestro tiempo y tendentes generalmente a la idealización, más que al rigor descriptivo. No obstante, de un cuadro como *La Pradera de San Isidro*, de Francisco de Goya, nos muestra una visión más o menos aceptable del aspecto que presentaba la urbe en los alrededores del 1808.

El laberinto matritense ha ido determinando a lo largo de las distintas épocas una idiosincrasia típica y perfectamente definible: ¡el desorden! Porque si en el mundo hay cientos de ciudades abi-



**La Puerta
de Alcalá.**

garradas (por no decir todas), Madrid ocuparía sin duda uno de los primeros puestos por razones muy concretas. Primero por su origen, cuando se aprovechó el espacio disponible de un modo claramente pragmático-oportunista siguiendo la máxima: «¡Búscate la vida!» Después por su desarrollo típicamente absolutista, radial en sus líneas maestras y caótico en sus rellenos. Si vemos el plano actual vemos que la única zona trazada racionalmente es el barrio de Salamanca, el resto es tan caótico como el núcleo original.

Con pequeñas variantes, el centro histórico actual no es muy distinto del que aparece en el plano de Pedro de Teixeira del año 1656. No olvidemos que la capital de España, a pesar de todo, no ha sufrido las notables devastaciones bélicas de la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, como por ejemplo Londres o Berlín.

El alma de Madrid

Si tenemos que hablar del alma de esta ciudad, debemos centrarnos en tiempos anteriores. Hoy día estamos en un espacio cosmopolita y variopinto que ha conservado, como ya hemos dicho, la estructura, pero no elementos muy importantes de cultura popular anteriores. Ya no existe un «madrileño» genuino, a pesar de quienes tratan de recuperar viejas imágenes. Han desaparecido el carácter, gracejo y estilo de aquellos que nos interesan más aquí, los llamados *manolos* (Lavapiés), *majos* (Maravillas) y *chisperos* (Alonso Martínez), gentes dominadas por el casticismo como forma de elitismo «popular». Utilizado como elemento diferenciador, permitió a aquellos hombres sencillos y pobres sentir orgullo de madrileños. Fueron los habitantes del «foro», o sea, el centro político, ideológico y vertebrador de España. Esto explica muchas cosas. Entre otras un cierto gracejo chulesco en el habla que luego influyó mucho en la obra de Carlos Arniches y el desarrollo de los personajes de la zarzuela decimonónica. Bien es cierto que hay que decir que este y

Escudo en la pared del Museo del Ejército.



otros autores exageraron mucho la tipificación popular mediante aires bufos. Nunca hubo en Madrid un Don Hilarión como el de *La Verbena de La Paloma*, pongamos por caso. O si lo hubo no trascendió a la literatura más que como caricatura. Porque eso sí, siempre ha habido por estos pagos una cierta tendencia a la burla y el escarnio sumados a la maledicencia y el cotilleo. En cambio si hubo uno y muchos como Julián, el cajista pretendiente de Susana.

El alma de los madrileños de principios del XIX fue siempre tributario de una cierta elegancia afectada e histriónica que definió un modo de comportamiento más imaginado que documentado. No obstante podemos presumir de que quienes se levantaron contra los franceses, ya no eran los que retrataron Lope de Vega o Quevedo, pongamos por caso, sino gentes con un cierto complejo de inferioridad que explica bien la explosión patriótica de la que vamos a hablar. Los efectos empobrecedores del siglo XVIII habían hecho mucho daño al separar aristocracia y pueblo mediante zanjas enormes e insalvables. El hambre y la miseria se palían muy a menudo con un concepto equivocado de la dignidad.

A doscientos años de los hechos que vamos a conocer, la perspectiva es algo deprimente. Nadie reivindica hoy la condición de madrileño como algo que ha ido forjándose a lo largo de los siglos, como puede sucederle a un londinense o parisino, por ejemplo. Incluso a veces la respuesta a la interrogación sobre los orígenes propios es fría y carente de ardor, como si no interesara que se sepa. Pocos habitantes de este lugar conocen, por ejemplo, su himno, que no se canta casi nunca. Muchos ignoran señas de identidad, símbolos, tradiciones y fiestas en un ejercicio de indiferencia notable.

No era así en el siglo XVII, cuando el papa Urbano VIII tuvo que dictar un breve el 25 de agosto de 1643, suprimiendo diecinueve fiestas. Al parecer había casi tantas como días. San Fabián, San Sebastián, San Ildefonso, el Ángel de la Guarda, San Benito, San Marcos Evangelista, la Trinidad, San Bernabé, Santa María Magdalena, Santo Domingo, Nuestra Señora de las Nieves, la Transfiguración del Señor, San Roque, San Francisco de Asís, San Lucas, San Eugenio, la Presentación del Niño en el Templo, la Con-

cepción de María, y Nuestra Señora de la O, se quedaron sin festejos. Pero, como recoge José del Corral en *Sucedió en Madrid*, quedaron San Isidro, Pascua de Resurrección, Pentecostés, la Asunción, Corpus Cristi, Reyes, Circuncisión, Purificación de Nuestra Señora, San Matías, San José, la Anunciación, San Felipe apóstol, la Invencción de la Cruz, San Juan, San Pedro, Santiago apóstol, Santa Ana, San Lorenzo, San Bartolomé, Natividad de la Virgen, San Mateo, San Miguel, San Simón, San Judas Tadeo, Todos los Santos, San Andrés apóstol, Santo Tomé, Navidad, San Esteban, San Juan, Día de Inocentes, y San Silvestre (¡cuanta piedad!).

¿La desaparición de la identidad de los madrileños es quizá por la condición que tiene la capital de ser corte suprema de las Españas? Porque debido a ello siempre ha sido lugar de aterrizaje de gentes de todas las tierras. Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, que vivió entre los años 1731 y 1794, escribió una comedia poco conocida, *Las segadoras de Vallecas*, una historia de enredos amorosos de la que podemos deducir que al final del verano, Madrid y sus alrededores se llenaban de gentes procedentes de Galicia que venían a recoger las cosechas. Es sólo un ejemplo entre muchos otros que cualquiera puede invocar.

Sin embargo hay que decir que, cuando quienes viven aquí pasean por el centro de «los mandriles», todos se quedan extasiados ante su curiosa monumentalidad, su pintoresquismo y su tipismo exótico. Quizá por esta razón, muchos foráneos han decidido pasar en la capital de España el resto de su vida. Algo hay que atrae en esta urbe a todo el mundo.

El alma de Madrid es eso exactamente: su laberinto, sus rincones, su belleza evocadora formada por una selva de ventanas, balcones, tejados, cúpulas, iglesias recónditas y también magníficos palacetes. Sus luces y sus sombras..., y sobre todo sus parques, de una belleza extraordinaria: El Retiro, La Fuente del Berro, El Capricho, El Parque del Oeste, La Casa de Campo, El Monte del Pardo, La Cuesta de la Vega, El Campo del Moro. Uno en concreto, la Montaña del Príncipe Pío, donde estuviera el masacrado «Cuartel de la montaña», hoy día exhibe un templo egipcio, el de Debod,



MARDOMINGO
XXIV

PARA LA LIMPIEZA DE BOCA Y DIENTES ETC. USEN EL
PERBORATO DE SOSA AROMATIZADO " JUANSE "

en un alarde de pintoresquismo como en pocas partes hay. Y esa alma no defrauda nunca al caminante. Es una de las ciudades con más árboles del mundo. Sin olvidar que a muy pocos kilómetros tiene un paisaje alpino que, si bien no es demasiado elevado, si es de una gran belleza y espectacularidad.

Madrid es un referente espacial que ha sido testigo de la historia en muchas ocasiones. Aquí colocó el rey Felipe II su corte y capital, con lo que se convirtió en el centro político del mundo en el Renacimiento. El Siglo de Oro vio también como cerca aparecía el segundo centro espiritual, el Monasterio de El Escorial, con una de las bibliotecas más importantes de cuantas existen.

Llegando a la fecha que nos interesa, el 2 de mayo de 1808, Madrid fue la ciudad que protagonizó una epopeya que fue el comienzo del declive de uno de los militares y políticos más importantes de todos los tiempos: Napoleón Bonaparte. Unos pobres desarraigados, rufianes armados apenas de corazón, vehemencia y un punto de irracionalidad patriótica, sentaron el principio del fin. Por eso las 24 horas de las que vamos a hablar amargaron al Emperador. Si no en ese momento, sí cada vez que en su prisión de Elba o Santa Elena vinieran a su mente los recuerdos de aquel infausto día. Si el corso y su representante el duque de Berg hubieran despreciado menos a los madrileños y les hubieran persuadido de los beneficios que tenía su presencia, quizá Napoleón hubiera tenido mejor destino. ¿Quién sabe?

Ha llegado ya la hora de conocer los hechos..., caminemos pues por las calles de un Madrid envuelto en humo y fuego, donde corrieron la pólvora y la sangre a raudales!

Los madrileños han sido siempre muy creativos. En unos casos vemos recuerdos de un pasado con un gusto estético peculiar. En otros, las expresiones del caos, el «graffiti» desordenado y carente de toda pulsión estética.



**CRÓNICA DE
24 HORAS**





PALACIO REAL

«Pues allá dicen que la familia real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse a América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz.

Por supuesto, los partidarios del príncipe Fernando se alegran, y creen que esto les viene de perillas para que el otro suba al trono.»



HUBO EN TIEMPO DE LOS ÁRABES —nos cuenta Fernández de los Ríos— un soldado que se convirtió de repente en escalador —de murallas— ayudándose con una daga. A quienes le vieron les pareció casi un gato, y desde entonces los madrileños heredaron el apelativo para siempre.

Los «gatos» saben desde siempre que viven bajo una de las más hermosas visiones de los cielos del mundo. Recibieron el nombre de velazqueños por quien mejor los recreó en sus pinturas. Pero el animal emblema de la ciudad también estuvo siempre en el cielo nocturno, la Osa Mayor, cuyas siete estrellas son hoy el símbolo de la Comunidad Autónoma, y quizá la razón de que ésta sea la villa «del oso y del madroño».

Es posible que el punto desde donde mejor se puede practicar la observación celeste sea el elegido por los árabes para construir el primer alcázar durante el reinado del emir cordobés Muhammad I, muerto en el año 886, cosa que decidió tras acampar en el hoy llamado Campo del Moro. Por tanto, al ser el lugar más antiguo de la Villa, es el que más memoria tiene de otros tiempos, además de haberse convertido en el centro político y espiritual de un reino. Sería el ombligo del mundo u *omphalos*, desde el que emanara la legitimidad del poder. Un *axis mundi*, alrededor del que todo pivotara, podríamos decir también.

Tratemos de situarnos aquí, en las puertas del Palacio Real, en la mañana del día 2 de mayo del año 1808. Ante las verjas de la mansión regia se concentra un grupo de gente. Madrid entonces era pequeño y con límites bien definidos. El ambiente que se respira es tenso, como un resorte a punto de ser liberado bruscamente. Gestos crispados..., cuchicheos airados y entrecortados, que de vez en cuando suben de volumen. Anuncian la tempestad..., ojos chispeantes que denotan que la sangre latina hierve dentro de sus venas. Alguno incluso musita lemas que poco a poco van corriendo de parte a parte sin convertirse aún en un grito airado.

¿Qué está sucediendo?

Algo que venía gestándose desde algún tiempo atrás, cuando una corriente convulsa, agitada y liberalizadora empezó a galvanizar

toda Europa, haciendo temblar los restos del Antiguo Régimen, caracterizado por el poder absoluto e ilustrado de los monarcas. Con él ejercían un control total sobre haciendas, voluntades y pensamientos. Alexis de Tocqueville elevó el concepto a la categoría de paradigma político en su ensayo *El Antiguo Régimen y la Revolución*.

La Revolución Francesa de 1789 fue el gran salto que terminó con todo resto de feudalismo medieval en aras del futuro capitalismo. De paso, el fin también de formas intermedias como el absolutismo y la ilustración, que consiguieron abrir una brecha abismal entre quienes estaban en posiciones privilegiadas y una ingente masa popular que sufrió duramente miserias y enfermedades.

Las clases dirigentes ejercían un centralismo feroz y excluyente, legislando siempre a favor de sus intereses. De repente, perdieron el poder político y económico a manos de los oprimidos. Monarcas, aristócratas y funcionarios cayeron estrepitosamente al norte de los Pirineos como naipes aventados por un huracán. Fue una revolución distinta de la de Madrid. Sin embargo, no es difícil encontrar algún paralelismo con la concentración de parisinos ante La Bastilla, símbolo indiscutible de ese modelo del mundo cuyo último representante francés fue Luis XVI.

Algo parecido estaba a punto de suceder aquí, en otra escala y con otros antecedentes y resultados. El paralelismo de la revuelta popular es evidente, sin embargo, mientras que aquellos buscaban ideales como libertad, igualdad y fraternidad, aquí se buscaba algo distinto, resumido en una frase emblemática: «*Vivan las caenas*». Lo precedía una canción que cantaban los *majos*:

«*Viva España*
Viva España y muera Francia
Que ha quemado la bula
Y niega la fe.
Viva España.»

España era un país que había ido poco a poco perdiendo su identidad a la par que decayendo su monarquía tras la muerte de Carlos III en 1788, a quien llamaron «El mejor Alcalde de Madrid».

Dos coches

Amanece el 2 de mayo de 1808. Los días anteriores habían sido muy tensos y complicados. La noche del 30 de abril no hubo más remedio que reunir a la Junta de Gobierno en sesión permanente. A ella asistieron diversas personalidades como los decanos de los Consejos de Castilla y de Indias, el Ministro de Hacienda, representantes de las Órdenes y algunos magistrados.

Se trata de evitar que el infante, su alteza real don Francisco de Paula Antonio de Borbón y Borbón-Parma, hijo de Carlos IV y María Luisa, duque de Cádiz, sea llevado a Bayona junto con Fernando VII, que fue engañado por Napoleón con un burdo artificio. Tratan de convencer a Joachim Murat, máximo jefe militar francés y cuñado de Napoleón, de que la medida iba a producir altercados entre el pueblo de Madrid, ya escamado por muy diversas razones. Habría graves e imprevisibles consecuencias.

Murat era el gran Duque de Berg y Clèves, un hombre ambicioso que pretendía en secreto la corona de España. Su gran soberbia le decidió a seguir adelante. Además, despreció claramente a los peticionarios mandando como interlocutor al embajador de Francia, Laforest, con un «mandado»: *«No voy a consentir que nadie tuerza mis planes aunque tenga que emplear al ejército a fondo e incluso terminar con el gobierno legítimo de España»*. La Junta se da cuenta rápidamente de la determinación del francés y termina por aceptar que el infante parta a Bayona y se reúna con su familia, con lo cual España quedaría descabezada.

En palacio hay mucho ajeteo para organizar la marcha de la reina María Luisa de Borbón. Su esposo Carlos IV estaba ya bajo la «protección-control» de Murat. El infante, que a la sazón contaba con catorce años era un símbolo, pero también diana de habladurías maledicentes que señalaban con picardía su gran parecido físico con Manuel Godoy. Incluso no faltaba quien decía abiertamente que era su padre natural.

Un grupo de madrileños vigila atentamente la puerta de palacio. Más o menos a las siete es cuando observan la llegada de dos



Rincón en los jardines de Sabatini.

carruajes. Saben perfectamente que éstos serán los vehículos donde se consumará la infamia. Efectivamente, una hora y media después uno es ocupado por María Luisa de Parma, reina de Etruria, un estado satélite y oportunista creado por Napoleón en la Toscana y el Ducado de Parma. Su nombre evoca a los etruscos. En el otro coche sube el resto de la familia acompañados de sus servidores.

La salida de las caballerizas es el momento más enervante, pero el primer coche puede partir y alcanzar la calle del Tesoro.

En ese momento llega un agitador exaltado, el cerrajero José Blas de Molina. Era este hombre un defensor acérrimo del rey Fernando y se había caracterizado en diversas ocasiones por su capacidad para arengar a la gente, habilidad que había mostrado ya durante la revuelta ribereña de Aranjuez.

Vehemente y agresivo alcanza el segundo carruaje, aún parado junto a un zapatero y varias mujeres. Mira en el interior y, volviéndose a los presentes grita apasionadamente: *¡Traición, se han llevado al rey y ahora a su familia! ¡Mueran los franceses!*

Su proclama es efectiva. De hecho parece preparada de antemano, y posiblemente fue así, como veremos. La gente se arremolina y empieza a crecer la agitación. El ruido llega al interior de palacio. Un balcón se abre y el Mayordomo de Semana, Teniente Coronel de Infantería Rodrigo López de Ayala y Varona se suma a José Blas y da gritos invitando al pueblo a armarse con lo que sea para impedir que los franceses consigan su propósito.



MEMORIA DE AGRAVIOS

«No era preciso molestar a nadie con preguntas para saber que el generoso pueblo, enojado con la noticia verdadera o falsa de que los Reyes iban a partir para Andalucía, parecía dispuesto a impedir el viaje, que se consideraba como una combinación infernal fraguada por Godoy de acuerdo con Bonaparte.»

**Fuente del Niño de la Espina.
Aranjuez.**



RETROCEDAMOS EN EL TIEMPO para entender como se llegó hasta aquí. Y quizá el punto de partida hay que encontrarlo durante el traspaso de poder de manos de Carlos III a Carlos IV, tras el fallecimiento del monarca de la «nariz de águila».

En la cúpula del poder se estaban produciendo algunos movimientos impopulares. Prueba de ello es el atentado que sufre el conde de Floridablanca en 1790. Un año después, empeñado en filtrar las noticias que llegaban de la Revolución en Francia, suspende la publicación de prensa diaria y manda espiar a todos los ciudadanos extranjeros.

A todo esto se une la encarcelación de Francisco Cabarrús o el descrédito de ilustrados como Campomanes o Gaspar Melchor de Jovellanos. Le sucede el conde de Aranda, a quien sustituiría Manuel Godoy, llamado el «Príncipe de la Paz», título ganado tras firmarse la de Basilea, en el año 1796. Como ya sabemos, la creencia popular es que el poderoso Godoy ha tenido un ascenso meteórico por ser amante de la reina María Luisa.

Su caída tiene lugar como consecuencia del motín de Aranjuez, el 17 de marzo de 1808. El desastre de Trafalgar había influido negativamente en los más pobres, que ya empezaban a estar hartos de ser los afectados por el desgobierno. Las esperanzas se dirigieron entonces al Príncipe de Asturias, Fernando VII.

La familia real se había retirado a Aranjuez por varias razones, pero la principal era la presencia en España de unos sesenta y cinco mil soldados llegados gracias al Tratado de Fontainebleau, con la excusa de entrar en Portugal. La razón era evidente. Según se desarrollaran los acontecimientos, desde allí podrían huir a Sevilla y cruzar el Atlántico siguiendo el ejemplo del rey vecino, Juan VI. Con esta maniobra Godoy se puso en contra de Napoleón, que a partir de entonces apareció ante los españoles como principal apoyo de Fernando VII. Esto explica el apoyo que recibieron las tropas francesas al principio.

Manuel Godoy, por Antonio Carnicero.



En Aranjuez los fernandinos, con el apoyo popular y del clero enemigo del Príncipe de la Paz por su liberalismo y conducta licenciosa, sublevaron al pueblo ribereño y asaltaron el palacio del valido. Éste tiene que esconderse dentro de una alfombra, pero le descubren y será el futuro rey quien evitará que le linchen, con lo que crece su prestigio. Poco después su padre abdica, y pasa momentáneamente el poder a Fernando VII. No olvidemos que las gentes consideraban a «El Deseado» el defensor de la fe en contra de los liberales afrancesados y ateos.

El cronista liberal conde de Toreno, reconocería años más tarde que Godoy había tenido mucha razón con la medida que había tomado y apunta que esta revuelta de Aranjuez fue la causa principal de envalentonamiento de Napoleón que trata de hacer de España un país satélite. Los hechos del mayo madrileño fueron un revés importante, sobre todo porque le obligaron a desviar gran número de tropas en un frente que creía tranquilo.

El gran corso vio en el motín una excusa para poner orden en una España que empezaba a impacientarse. En este sentido mandó sus tropas a Madrid, que se constituyeron desde el primer momento en fuerza de ocupación con escaso disimulo y, desde luego, muy malas formas. Además, intentó convencer al resto de que la iniciativa había sido tomada a petición de los propios madrileños, lo que en principio fue aceptado, pero con reservas.

La maniobra siguiente fue, aprovechando el revuelo, neutralizar a la familia real, a quien consideraba un atajo de idiotas sin capacidad para estar al frente de ninguna nación. Esto le permitiría situar como rey a su hermano José. Todo esto se hizo de un modo discretísimo. Napoleón no quería un conflicto armado, así que quiso evitar que conocieran sus verdaderas intenciones, ni siquiera sus propios generales. En este sentido se utilizaron subterfugios muy bien contruidos. Murat por ejemplo, detenido en Somosierra cuando se dirigía a Cádiz para reforzar la defensa frente a los británicos, decide entrar en Madrid con un salvoconducto popular. El 18 de marzo se publica un bando que anuncia su llegada y el deseo del rey de que sean bien recibidos, como buenos aliados. Uno de

los héroes del 2 de mayo, Velarde, es quien le habría de complimentar correctamente.

En la reunión, Murat niega que quiera ocupar la capital y acepta que su estancia sea bajo el mando de la Junta de Gobierno.

Seis días después del levantamiento de Aranjuez, llegan las tropas a los alrededores de Madrid. Después penetran en la capital donde son recibidos sin mucho entusiasmo, pero también sin recelos ni algaradas. Además, constituyó un gran espectáculo que no se había visto nunca. La Primera división del general Musnier de la Converserie y el destacamento de la Guardia Imperial, con todo su colorido y disciplina, causaron admiración. No hubo vítores, pero sí alguna expresión de asombro. La prensa se atreve a hablar de la «gran alegría» de los madrileños ante la llegada de las tropas, una gran mentira. La verdad es que algunos se sintieron inquietos ante los brillos de los coraceros y el aspecto de los mamelucos, armados hasta los dientes y famosos por su crueldad.

El duque de Berg y Clèves había ascendido prácticamente desde la nada, como consecuencia de la Revolución. Así empezó una carrera meteórica que le llevaría a ser rey de Nápoles. Los cronistas le definen como valiente y arrojado que venía avalado por un gran prestigio ganado en la carga que protagonizó durante la batalla de Eylau. Tenía facilidad para enfadarse explosivamente cuando se excitaba su soberbia, momentos en los que se mostraba despiadado. Su cabello era muy rizado y abundante y no tenía mal porte. Vestía de un modo excesivo, incluso hortera. Al parecer, tras su caída y condena a ser fusilado, fue el mismo quien mandó disparar al pelotón de ejecución.

El 24 de marzo llega Fernando VII, procedente de Aranjuez. La Guardia de Corps escolta al nuevo rey, que es recibido con gran entusiasmo por una masa abigarrada y esperanzada que grita vivas y vítores sin cuento. Se lanzan flores. Se agitan pañuelos. Se llora. Se siente en él a España de un modo especial, como mandan los cánones nacionalistas del siglo recién estrenado. Pero también comienzan los agravios cuando la gente ve que los franceses desprecian y se burlan del monarca (del que luego se burlarían ellos



también con todo tipo de epítetos). Así surgen las primeras peleas. Murat no le irá a recibir; otro desplante más.

Los generales franceses Musnier, Gobert, Morlot, Grouchy, Dupont, Harispe, dirigidos por el mariscal Moncey, se convierten en objeto del recelo popular. Entre otras cosas, las tropas tienen que alojarse provocando muchas molestias. La caballería y la Guardia Imperial se acuartelan en El Retiro, pero el comportamiento indecente y pendenciero de los oficiales obliga a un traslado a El Pardo. Llegados allí, talan los bosques reales para hacer los barracones.

En la capital las cosas no pintarían mejor, porque se produce la ocupación de algunos cuarteles españoles, como el del Conde Duque, casas particulares, conventos e iglesias. En estos últimos se producen abundantes rapiñas, tanto de tesoros como de objetos de culto. Se destruyen libros y se deteriora el mobiliario con las culatas y bayonetas de los fusiles.

También se acantonan tropas en los pueblos cercanos, dando la sensación de un verdadero estado de sitio. Ocuparon la Fuente de la Reina, en la Carretera de Castilla; Chamartín; las huertas de Leganitos, entonces fuera de la ciudad; Carabanchel; Fuencarral, Canillejas, Villaverde; Getafe, Leganés y Aranjuez, amén de otros más pequeños. Los cerca de doscientos mil madrileños están cercados y sin salida ante su lógico estupor.

En cuanto a edificios emblemáticos podemos citar el mencionado palacio de Grimaldi, donde se afincó Murat en las mismas estancias que había vivido Godoy, el convento de San Bernardino, el cuartel de la calle Alcalá y el de la Puerta de Santa Bárbara.

Entretanto, las tropas españolas fueron relegadas y controladas dentro de sus alojamientos habituales, de los que no podían moverse sin permiso, en principio de la Junta de Gobierno, pero en realidad del duque de Berg.

***Joachim Murat, Gran duque de Berg,
por Jean Baptiste Wicar.***

Mi amigo Napoleón

Fernando VII, a quien el populacho pasó de desear a llamar «El Narizotas», un canalla necio y sin escrúpulos, seguía considerándose aliado del emperador, a pesar de que éste sólo reconocía como rey a su padre. Hacía gala continuamente de su buena sintonía con él. Incluso le había devuelto la espada de Francisco I el 31 de marzo a través de su cuñado, que además fue obsequiado con seis caballos.

Había rumores de que Napoleón vendría a Madrid, incluso la Gaceta lo anunció para el 2 de abril. La sensación es que así sería, visto que se engalanaban y limpiaban los edificios a la vez que se confeccionaba un programa de festejos. Sería una buena ocasión para que le reconociese como sucesor. Pura estratagema para hacerle prisionero.

Mientras tanto, los majos, manolos, chisperos, pícaros y rufianes (según los invasores) asisten cada vez más alterados a las impresionantes paradas militares de los franceses, en las que mostraban lo peor de si mismos, sobre todo su insufrible arrogan-



***El infante
don
Francisco
de Paula,
pintado por
Goya en 1800.***

cia, que se sumaba a robos, agresiones y violaciones. El mosqueo era generalizado, y los incidentes frecuentes, que se saldaban con heridos por ambas partes, como reflejan los documentos del Hospital General, que tuvo un aumento evidente de trabajo. Incluso hubo tres soldados franceses muertos en la plaza de la Cebada. Todo esto lleva al decreto del 2 de abril, en el que se establecen diversas restricciones. Quedan prohibidos los corrillos, y las tabernas y tiendas donde se venda alcohol cerrarán a las ocho. El malestar crece y empiezan a aparecer pasquines anónimos en contra de los invasores y de quienes colaboren con ellos.

El 7 de abril llega a la capital el general Safari, ministro de Policía. Anuncia que Napoleón viene hacia Madrid y expresa su deseo de que Fernando le reciba en Burgos. El rey no lo duda y parte hacia allí, tras anunciarlo en la Gaceta. El viaje empieza el día 10, acompañado de varias personalidades entre las que se encuentra su consejero, el canónigo Escoiquiz. Los franceses le escoltan durante todo el camino, porque ya es prisionero del corso. De hecho, una vez en Burgos el viaje continúa hasta Bayona.

En la capital ha quedado al mando la Junta Suprema de Gobierno, presidida por el infante Antonio, auxiliado por Cevallos, Gil de Lemos, Azanza, Piñuela y O'Farrill, ministro de la Guerra. Las órdenes son tajantes, hay que colaborar con los franceses en todo..., son los aliados y Napoleón..., el amigo. Lo que más importa es el orden público, garantizado por la censura impuesta sobre todo escrito público a partir del 20 de abril. Se obliga a las tropas españolas a hacer las guardias sin munición alguna. Murat exige a la Junta la entrega de Godoy, que se niega en redondo para terminar cediendo a la presión del francés, que sólo reconocerá como rey a Carlos IV. Éste y Godoy viajarán a Bayona el 21 y 22 de abril.

Sólo quedan María Luisa de Parma y el resto de la familia. La reina anuncia el día 28 que también irá a reunirse con su familia para dilucidar la cuestión dinástica, acompañada del infante don Francisco de Paula.

La cesta de los agravios, cual caja de Pandora, estaba llena..., y a punto de rebosar.



PARA GLORIA DE LAS ARTES
Y ORNATO DE LA CAPITAL
ERIGIO
ISABEL SEGUNDA
ESTE MONUMENTO.

EL «RAPTO» DEL INFANTE

«Hijo mío, me parece que veo la corona de España paseada por los patanes y los majos en la punta de sus innobles garrotes.»



A LOS HEROES POPULARES QUE
EL 2 DE MAYO DE 1808
INICIARON EN ESTE MISMO LUGAR
LA PROTESTA Y SACRIFICIO CONTRA
LAS TROPAS EXTRANJERAS
EL CIRCULO DE BELLAS ARTES 1908
REPUESTA POR EL AYUNTAMIENTO DE MADRID 1947



PARTE DE LAS SEIS DOCENAS de exaltados entra en palacio con la intención de llevarse a Francisco de Paula y ocultarlo en algún lugar secreto. Son aproximadamente las ocho de la mañana. Pedro de Torres, jefe de los Guardias de Corps les sale al paso y es empujado violentamente contra la pared. Es el propio infante quien tiene que rogarles que se calmen y se vayan. Se asomará al balcón y dirigirá unas palabras a la gente conteniendo sus ganas de llorar.

El duque de Berg estaba a la sazón alojado en el cercano palacio de Grimaldi, por lo que escucha el griterío que va creciendo en volumen. No le sorprende lo más mínimo. De hecho, Blanco White, en su carta duodécima, escrita el 25 de julio en Sevilla, afirma que todo había sido urdido por él para hacer una demostración inequívoca de fuerza.

El mariscal empieza a realizar movimientos tácticos, como enviar al coronel Lagrange como espía. Mientras tanto manda pertrechar un batallón de granaderos dispuestos a poner orden.



Cuando el militar aparece, la reacción es ir a por él con muy malas intenciones. Coupigny, capitán del regimiento de Guardias valonas, tiene que acudir en su auxilio, y puede rescatarlo gracias a una partida de soldados.

Gonzalo O’Farrill y Herrera, general de origen cubano y miembro de la Junta, se enfrenta a José Blas Molina y le acusa de agitador que va a conseguir que estalle el motín. Y así es, puesto que ya hay varios centenares de madrileños reunidos que se dedican a perpetrar los primeros sabotajes, como cortar las riendas y aperos de los carruajes y dispersar a los caballos.

Un soldado aislado que se dirigía al lugar está a punto de ser linchado y es salvado también por Coupigny. La misma suerte corren otros militares franceses. Uno de ellos cae apuñalado en la puerta de la iglesia de San Juan. Ya no hay marcha atrás.

Los granaderos que han sido movilizados sitúan dos pequeños cañones, que apuntan contra la gente y empiezan a dispararlos a la vez que descargan sus fusiles. Como resultado, el suelo se cubre con los primeros muertos y heridos, que vienen a sumarse al soldado «gabacho». Algunos huyen, pero otros buscan con que armarse. Pronto darían las nueve en los relojes de la ciudad. El pueblo se ha levantado y comienza uno de los días más duros que Madrid ha conocido a lo largo de toda su historia.

Algunos tipos aguerridos, armados con piedras y palos, pretenden entrar en el palacio de Grimaldi para terminar con Murat, pero no son enemigos para los franceses, mucho mejor pertrechados y adiestrados, que reciben además refuerzos de tropas que estaban esperando en San Nicolás.

Molina sigue siendo el cabecilla y el motor de la agitación. Sobre todo cuando sugiere que hay que ir a por armas al Parque de Monteleón. Para ello organiza la primera partida, que habrá de

**El Palacio Grimaldi, junto al Palacio Real.
Había sido sede de Godoy, y ahora de Murat.**

hacer un recorrido discreto por el laberinto madrileño. Convendrán en ir en silencio y despacio para no alertar.

La «guerrilla» alcanza el convento de las Clarisas, avanza por la calle del Espejo, luego llega hasta Herradores e Hileras. Ascenderán hasta atravesar el Postigo de San Martín. Luego marcharán por Hita, Tudescos y la corredera de San Pablo. El pasar por San Ildefonso aceleran el paso hasta llegar a la calle de la Palma. Por fin llegan ante el convento de las Maravillas.

Mientras tanto, las noticias van corriendo como la pólvora, animando a muchos voluntarios al levantamiento. Cualquier cosa vale como arma. Se organizan brigadas de exaltados al mando de algunos líderes, como el arquitecto Alfonso Sánchez, de la Real Academia de San Fernando, partida en la que hay varios profesores.

Pero la confusión y el desorden son generales. Hay quienes buscan las calles como campo de batalla, otros prefieren buscar armas en los cuarteles para unirse a las tropas españolas. La Guardia Española entrega algunos fusiles. Los franceses ya han conseguido neutralizar algunos grupos que marchan hacia Monteleón. En la periferia empiezan a levantarse trincheras y barricadas ante las tropas acantonadas en los pueblos de alrededor.

Se espera una orden para oficializar el combate por parte de las autoridades legítimas, pero el Capitán General de Madrid, Francisco Javier Negrete, manda que los soldados estén alerta en espera de directrices, pero acuartelados. Esto hace que el levantamiento sea protagonizado principalmente por el pueblo, que será masacrado, tal y como saben las autoridades y los más pudientes, que se esconden en espera de cómo se desarrollen los acontecimientos.

La única facción del ejército que participará en los hechos serán los artilleros de Monteleón, a los que se sumarán soldados aislados que escapan de sus cuarteles vestidos de calle.

Ya no se puede evitar lo que hubiera convenido que no sucediera. Los más sensatos saben que Murat será firme, implacable y especialmente cruel, tal y como ya había demostrado sobradamente. Además, posiblemente todos habían caído en la trampa puesta por el soberbio duque de Clèves.



Aspecto actual de la calle del Espejo.

